

## X

Bien entrado el otoño, Isidro y Feli fueron á vivir en las Cambroneras. Después de abandonar la casa del hermano Vicente, habitaron un cuarto interior en la calle de Embajadores. Pagaban tres duros por él, pero transcurrido el primer mes, no pudieron satisfacer el segundo, y abandonaron la habitación, salvando, casi milagrosamente, sus escasos muebles.

Más aún que los tormentos del hambre, temía Maltrana las inquietudes y desasosiegos que traía consigo el alquiler. Feli sólo se preocupaba de asegurar el techo. Realizaban economías asombrosas, para ir juntando poco á poco el dinero de la casa. Ya tenía tres pesetas, ya tenía un duro, ya se aproximaba, lentamente, á los dos, y de pronto surgía una necesidad imperiosa, una exigencia ineludible, el pago á la tienda, que se negaba á fiar más sin recibir algo á cuenta, la compra de material para el emballenaje de los corsés, la necesidad de echar unas suelas á las botas únicas de Maltrana, mientras éste permanecía prisionero en el cuarto; y de este modo la mala fortuna llevábase de una manotada todos los ahorros, sin dar tiempo á que se completase el importe del alquiler.

Maltrana adoptó una resolución. Los pobres como ellos, de vida incierta, sólo podían vivir en las casuchas cuyos cuartos se pagan diariamente, en los falansterios de la miseria, como aquel caserón de obreros donde él había nacido.

Vivió en varios edificios de esta clase, en el barrio de las Peñuelas y el de las Injurias, repugnándole sus hacinamientos, la suciedad sórdida de sus paredes, las frecuentes peleas de las hembras desgredadas, que se insultaban de galería á galería... Su pobre Feli no era una princesa, pero, ¡ay!, sentía él honda repugnancia al verla tan delicada y tan dulce, viviendo en este infierno.

En las Cambroneras encontró un cuarto independiente, y decidió trasladarse á este barrio, habitado por gitanos, que le parecieron más apreciables y tranquilos que las familias de las casas de vecindad.

El alquiler se pagaba todas las noches: real y medio. Al obscurecer llamaba á la puerta el encargado de la cobranza, un hombre alto, enjuto y moreno, al que el exceso de estatura hacía caminar arqueando la espalda. Era de la policía. El que administraba las casas de las Cambroneras tenía allí como cobrador y guardián del orden, por su carácter de agente de la autoridad. Dábale por esto un interés sobre la cobranza y vivienda gratuita para él, su prolífica mujer y la banda de chiquillos que completaba la familia. De sus mocedades, transcurridas en el campo, antes de ser soldado, guardaba gran afición al cultivo de la tierra, y cuando sus deberes de agente de la secreta no le hacían ir á Madrid, pasaba las horas en la heroica tarea de convertir en huertecillas los desmontes de tierra amarillenta, sacando á brazo el riego de una noria abandonada.

Inspirábanle gran respeto los dos jóvenes, hasta el punto de hacerle afirmar que don Isidro y doña Feli eran las únicas personas decentes que habitaban las Cambroneras.

—Adelante, Pepe—decía Maltrana cuando, cerrada la noche, sonaba un golpe en la puerta.

Y Pepe se presentaba llevando en las manos un lápiz y un rústico talonario de papel de barbas. Entregaba una hoja, después de garrapatear algunos signos, y recibía las monedas de cobre.

Isidro mostrábase satisfecho de su nuevo alojamiento. Por una ventana contemplaba el río, casi á sus pies, y en la orilla opuesta las praderas, pintadas por Goya, los cerros en cuya cumbre se aglomeraban los cipresès y mausoleos de los cementerios de la Almudena y San Isidro. Por otra ventana veía el escampado de las Cambroneras, un gran espacio de tierra atravesado por un riachuelo, en el que lavaban sus guñapos las gitanas, flotando sobre la corriente trapos y pedazos de periódicos.

Enfrente abríase un gran portalón, dando entrada á una callejuela de gujarros, flanqueada por dos hileras de casuchas. Unas eran de techo bajo; otras tenían en el primer piso una galería de madera, con escalerillas de tablones carcomidos, que crujían á la más leve presión, como si fuesen á romperse.

Maltrana no tardó en conocer la heterogénea población de las Cambroneras. Formaban un mundo aparte, una sociedad independiente dentro de la horda de miseria acampada en torno de Madrid. Pepe, el cobrador, relatábale las costumbres y rarezas de aquellas gentes, á las que él llamaba «su ganado».

Existían dos grandes divisiones en el vecinda-

rio de las Cambroneras, cuyos límites nunca llegaban á confundirse: á un lado los payos, que eran los menos, y al otro los gitanos, que constituían la mayor parte de la población. Los payos se subdividían en pordioseros, que iban todas las mañanas á Madrid, á mendigar en las puertas de las iglesias, y *quinquilleros*, que el verano vagaban por las ferias de Castilla vendiendo baratijas, y durante el invierno organizaban juegos tramposos en las afueras ó tomaban parte en algún robo, si se ofrecía ocasión.

Los gitanos estaban divididos en tres naciones: gitanos andaluces, gitanos castellanos y gitanos manchegos. Tratábanse con cierta fraternidad, impuesta por la raza y las costumbres, pero cada grupo manteníase fiel á su origen, creyéndose superior á los otros. Los andaluces echaban en cara á los manchegos su rusticidad, y á los castellanos, su falta de sangre *cañi*, adulterada por innumerables cruces con los payos. Estos, á su vez, despreciaban á los procedentes de Andalucía por sus trapacerías y enredos, que habían dado á la raza su fama deshonrosa.

Reconocíalos Isidro á simple vista á los pocos días de vivir en las Cambroneras. Los andaluces iban afeitados, con anchos sombreros, chaquetillas de terciopelo de color de vino y grandes tufos sobre las orejas. Los manchegos y castellanos usaban gorras de pelo, llevaban bigote recortado y chaquetones de paño pardo: únicamente su color, de un bronceado oriental, los distinguía de los paletos manchegos, cuyos trajes imitaban.

Las mujeres salían en las primeras horas de la mañana para no volver hasta la caída de la tarde, ó permanecían dentro de sus casas recluidas voluntariamente, con una pasividad de hembras

asiáticas. También se reconocía en ellas la diferencia de origen. Las andaluzas eran parlanchinas y vociferadoras; hablaban gesticulando y manoteando, esparciendo con su cháchara el aturdimiento en torno de ellas. Vestían faldas de percal rameado con largos volantes, llevaban el mantón terciado, el moño aceitoso caído sobre la nuca, la frente con cuernecillos de pelo pegado, y en el cuello varias sartas de cuentas azules. Salían de las Cambroneras poco después de surgir el sol, camino de la plaza de la Cebada, para decir la buenaventura y echar las cartas á las criadas, que eran su mejor clientela. Los hombres se desperezaban en la puerta; las bandas de chicuelos de color de chocolate, descalzos, y con la panza al aire, se agarraban á las faldas pintarrajeadas de las madres.

—*Gachi*—decía el marido.—A vé si hoy traes argo pa jamar. Mira que estoy jarto de tanta jambre.

Los pequeños se agitaban en torno de ellas, acompañándolas cuesta arriba hasta el puente de Toledo. A ver si podían apandar como otras veces los *chulés* de algún payo. Y si no eran *chulés* (nombre que daban á los duros), que fuesen *plañis*, modestas pesetas que bien las necesitaba la familia, confiada á los azares de la suerte.

—Mare—gritaban los pequeños al quedarse junto al puente.—Que traiga usted *callardó*, mucho *callardó*.

Era el chocolate; el gran regalo de la gente gitana, su licor y su alimento. Bueno era el *balinchó* (el cerdo); succulento el *balebás* (tocino); dulces los *mantejos* (las almendras) que se arrojaban á puñados en los días de boda; pero, el chocolate, era lo mejor del mundo, el alimento de Dios, que parecía embriagarles con su perfume y su ardor.

Los pequeñuelos, con la esperanza de que la madre trajese al anochecer una enorme cantidad de *callardó*, la saludaban desde lejos.

—Adiós, *mi dai*.

Y la gitana alejábese hacia la Puerta de Toledo, combinando, en las tortuosidades de su trapacera imaginación, el medio de *jonjabar* algún payo que le deparase la buena suerte, de sacarle el dinero, prometiéndole, por medio de sortilegios, el premio gordo de la Lotería.

Vagaban hasta las doce por las inmediaciones del mercado, deteniendo á las criadas, aturdiéndolas con su charla, alabando sus caras de ángel, aunque fuesen de horrible fealdad, lamentando con extremos grotescos de desesperación, las desgracias de sus amores y que no se cuidasen de conjurar la mala suerte, acudiendo á la experiencia gitana.

—Tu mano... Enséñame tu mano, resalá, que por San Juan te digo que yebas en eya tu fortuna y tú no lo sabes.

Tenían sus parroquianas, sus creyentes de incommovible fe, que apenas las veían marchaban á su encuentro, ansiosas de nuevas revelaciones. Metíanse en los portales solitarios, y allí, sobre la tapa de la cesta, soltaba la gitana los mugrientos naipes ocultos bajo el mantón. Todo salía: el hombre moreno, que penaba por la sirvienta, pero al cual ligaba con malas artes una mujer blanca, que había que vencer: después, el hombre rubio, muchas veces con espada (un militar), que se presentaría, para llevársela, sobre un caballo tordo; luego, salían por dos veces los oros: dinero y más dinero...

—Tú has heredao algo—afirmaba la gitana, con una convicción que no admitía réplica.

—¿Qué he de heredar yo? ¡Pobre de mí!—contestaba la sencilla criada.

—Bueno: pues heredarás.

Y seguía el juego. La sota: otra vez la mala mujer, que había de ser su perdición, si no la anadaba haciendo lo que ella le dijese.

Cuando la muchacha, aturdida por este parloteo, y dudando si emplear sus ahorros en el gran remedio que le proponía para sujetar al novio infiel, acababa por entregarle dos reales, la gitana prorrumpia en lamentos y súplicas.

—Reina, añade aunque no sea más que un realillo. ¡Con esa carita de clavel, y tan agarrá! Anda grasiosa, que tienes ojillos de virgen... Mira que tengo un ganao de *churumbeles*, que no levantan del suelo tanto así, y están muertitos de necesiá. Mi hombre lo tengo baldao; mi *bato*... ¡mi pare! está en las últimas; mi pobresita *dai* se me murió; mi *plan* (mi hermano, ¿entiendes?) está en el presidio de Arcalá...

Y seguía enumerando desgracias y muertes, como si la peste negra hubiese pasado por las Cambronerías.

—Vaya, presiosa; suerta un poquito más de *jurdé*, que por eso no vas á quedar probe. No te pido *papiris* der Banco; suelta manque sean tres perrillas más.

En sus exploraciones en torno del mercado, cuando vagaban aburridas, sin encontrar parroquianas, plantábanse audazmente ante los hombres que salían de las tabernas ó los comerciantes que tomaban un poco de aire á las puertas de sus establecimientos.

—¿Te la digo, grasioso? Dame la mano, barbitas de San Juan, que tienes patitas de bailaor y ojillos de meteor.

Las repelían como si fuesen perros, amenazándolas con llamar á la pareja, y ellas se alejaban sin resentimiento, con muecas burlonas, abriendo los ojos desmesuradamente.

—¡Juí, Pare Santol! ¡Y qué mal genio gasta el señól... ¡Ni que juese el *Livanó*, que toma las declaraciones!... ¡En el *estaribel* te veas, mardito, y que el *Baró* no quiera sacarte ni con fianza!...

Cuando pasado mediodía cesaba la afluencia en el mercado, las gitanas, en vez de volverse á las Cambronerías, seguían hacia el centro de Madrid, callejeando hasta la caída de la tarde. Pedían limosna; deteníanse ante las ventanas de los cafés, dando golpecitos en los cristales; lanzaban miradas intranquilas á los puestos exteriores de las tiendas, pensando en la posibilidad de un descuido... Iban á lo que saliese: el robo no les parecía gran pecado: *chorar* era una ocupación digna de elogio, si se hacía con habilidad y sin riesgo. Y cuando *choraban* una pieza de tela, unas manzanas ó un panecillo, volvían orgullosas á casa, diciendo á las vecinas:

—Hoy le he dado el *jonjanó* á un payo.

Maltrana, al asomarse á la puerta de alguna de aquellas casuchas, blancas por fuera y negras por dentro, sin otro respiradero que la puerta, conocía el origen de sus habitantes, sólo con ver mujeres en su interior ó notar su ausencia.

—¿Son ustedes andaluzas?—preguntaba intencionadamente á las hembras sentadas en corro sobre el duro suelo, mirándose silenciosas, con la mandíbula apoyada en una mano.

—¡Nosotras andaluzas!—exclamaban ofendidas.—Somos mujeres de nuestra casa. Nosotras no salimos á engañar á la gente.

Eran gitanas manchegas. Tenían padres ó ma-

ridos que trabajasen por el sostenimiento de la familia, y si no había *chambos*, si el trato de las caballerías se paralizaba, daban vuelta de llave á su estómago y sufrían el hambre en silencio, sentadas junto á los pedruscos fríos del hogar, con las faldas esparcidas en torno de ellas como hongos enormes, taciturnas y dispuestas á morir sin moverse del sitio.

Maltrana, á pesar de la miseria de su propia casa, sentía compasión al ver las viviendas de estas gentes. Eran tabucos cuyo suelo, de tierra apisonada, estaba mucho más bajo que la calle. No tenían tabiques y cuando el pudor exigía la separación de lechos, salían del apuro colgando de una cuerda una manta vieja. En el fondo de la casucha, con la cabeza hundida en cajones que servían de pesebres y las grupas frente á la puerta, estaban los caballos, las mulas y los burros que constituían la fortuna de la familia. Los colchones astrosos, apilados en un rincón, se extendían por la noche junto á las patas traseras de las bestias, durmiendo la familia y su capital acariciados por el calor del común estiércol. Unos ladrillos colocados en el centro de la casucha servían de cocina. No se encendía fuego más que por la noche. El humo de la leña llenaba la habitación, saliendo por donde podía buenamente; por la puerta abierta ó las grietas del techo, por no existir el menor orificio que sirviese de chimenea. Las paredes estaban ennegrecidas por una capa de hollín, que representaba luengos años de atmósfera asfixiante; las bestias, acostumbradas á esta lenta sofocación, limitábanse á bufar en sus pesebres. Las mujeres, con los ojos llorosos por el humo, vigilaban la sartén: los niños de pecho tosían, apelonándose contra las

maternales ubres, como si buscasen el fresco de la leche.

Pepe, el cobrador, alababa las ventajas del continuo ahumamiento.

—Gracias á eso—decía—no mueren como chinches. El humo les limpia, ya que nunca tocan el agua. ¡Porque cuidado, don Isidro, que son sucios!... En cambio, en la comida no he visto gente con mayores escrúpulos.

No había que esperar que aceptasen una limosna de alimentos, ni que aprovecharan las sobras de nadie. Las gitanas, al volver de Madrid, traían comestibles de las tiendas; viandas crudas para guisarlas en presencia de la familia. Pasaban días enteros sin comer, con la tranquilidad de la costumbre, y á pesar de su hambre, hacían gestos de asco al hablar de los traperos, de los mendigos, de todos los payos que la miseria ponía en contacto con ellos, gente de estómago vil que se alimentaban de la bazofia arrojada por los demás, y se vestía con sus despojos.

¡Chorar... todo lo que pudieran! Robaban en Madrid, robaban en los campos veraniegos cuando salían de excursión á las ferias, pero todo había de ser nuevo, sin uso alguno. Su traje, aunque remendado y sucio, era suyo, lo habían hecho para sus cuerpos y lo preferían con toda su astrosidad á las ropas usadas que fuesen mejores. Su estómago sufría antes el hambre que la náusea del asco. Cuando llegaba á sus manos un vestido ajeno, lo vendían á los traperos, con aire señorial. En las noches de abundancia, la familia sentábase en torno de la sartén. La madre arrojaba los trozos de carne fresca en el aceite chirriante, y cada uno pinchaba con su navaja, con tanto apresuramiento, que por más que la

mujer echaba y echaba, nunca se veía llena la sartén.

Los jueves reuníanse los hombres en el mercado de bestias, junto á la Puerta de Toledo. Los que no tenían ganado también iban allá, con la esperanza de que cayese algo, empuñando una gran vara, como si tuviesen que arrear á una recua imaginaria. Al primer paletó que se pusiera á tiro, le daban un *emburreo*, un *correate*, nombres con que designaban las malas artes del *trato*.

Después volvían, lamentándose de la decadencia del chalaneo. Había que esperar las grandes ferias del verano. En el mercado de Madrid apenas se veían compradores; todos eran gitanos... ¡y cómo iban á engañarse entre ellos!...

Los más acomodados volvían á meter, por las exiguas puertas de las viviendas, todo su ganado: las humildes *guerñts*, de largas orejas y escandaloso rebuzno; el *gras*, de trenzadas crines y cola peinada, que hacían galopar en torno de su látigo maestro, afirmando que el que montaba el rey no era mejor; la *chori* y el *choro*, la mula y el macho, que esperaban vender á buen precio, cuando emprendiesen la expedición veraniega por Castilla y la Mancha, ofreciendo sus bestias á los labriegos.

En el resto de la semana permanecían los gitanos en las Cambroneras, sin hacer nada, esperando el regreso de sus hembras, pájaros vivarachos y parleros, que traían en el pico el pan de la familia. Desayunábanse con una copa de aguardiente ó un mendrugo, y aguantaban el hambre durante todo el día, en plácida vagancia. Jugaban á la barra ó á los bolos en el escampado de las Cambroneras; los más hábiles tañían la guitarra, alegrando su debilidad con una música melancólica; los que eran industriosos tendíanse sobre

el vientre en la orilla del río, y así permanecían horas y más horas esperando que algún gorrión quisiera buenamente dejarse apresar por la red colocada sobre la hierba. Ciertos viejos, de aire magistral, batían palmas ante un grupo de diablillos de color de chocolate, con pinceles de pelos sobre las orejas, aprendían á bailar, moviendo grotescamente los pies y los brazos, agitando su panza con salvajes contorsiones. Era la vida de tribu: los machos descansando, por el privilegio de su fuerza; esperando el sustento de las hembras que iban al bosque, ó sea á la inmediata población.

Maltrana, á los pocos días de estancia en las Cambroneras, conocía los nombres de todos los respetables tunos de la hampa gitanesca, bronceados y ágiles, con el rostro roído por las viruelas. Tenían por apodos el *Mono*, el *Bastían*, el *Mattamoros*, el *Malafolla*, el *Cachuli*, el *Mochón*, el *Navaco* y otros no menos extraños. Nunca se les veía borrachos: su bebida favorita era el chocolate.

El único que, con discursos incoherentes y grandes gritos, mostraba su afición al alcohol, era Salguero, que se apodaba á sí mismo *Salguerillo*, un vejete malicioso, que habitaba treinta y tantos años la primera casucha del callejón. En invierno, fabricaba cestas de mimbres, ayudado por la vieja que vivía con él; en verano, salía á las ferias, para ejercer su oficio de esquilador.

A la caída de la tarde iban llegando las mujeres, cansadas de todo un día de correteo por Madrid. Los estómagos vacíos estremecíanse al aproximarse estos mensajeros de la abundancia. Reconocíanlas los gitanos, apenas llegaban á la cuesta de las Cambroneras.

—Por allí vienen la *Buchichi* y la *Pique*—decían